

Apuntes sobre la masacre como representación del conflicto: El Salado

*Edgar Ferez Santander**
*Nicolás Méndez Simijaca***

Resumen

Las masacres sucedidas desde el inicio del conflicto armado de los años cincuenta hasta la desaparición de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) son, actualmente, objeto de análisis en la academia colombiana. Su evidencia misma las hace susceptibles de diversas interpretaciones y por tal razón han sido representativas en el conflicto armado. Estos hechos han sido descritos por el Estado, los medios de comunicación y la literatura: en este texto se hace referencia a la masacre de El Salado y su expresión de violencia, con la finalidad de reflexionar sobre cómo esta modalidad de barbarie es una de las representaciones más agudas y de mayor crueldad en el conflicto armado.

Palabras clave: Colombia, conflicto armado, El Salado, masacre, representaciones

Abstract

Currently, the massacres that took place during the armed conflict of the 1950s, until the disappearance of the Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), are subject to analysis in Colombian academy. Their evidence itself makes them susceptible to diverse interpretations and for this reason the massacres have been representative in the armed conflict. These facts have been described by the state, the media and literature: this text reference is made to the El Salado massacre and its expression of violence, with the purpose of reflecting on how this form of barbarism it is one of the most acute and cruel representations in the armed conflict.

Keywords: armed conflict, Colombia, El Salado, massacre, representations

* Historiador de la Universidad del Atlántico y estudiante del Máster Universitario en Historia y Patrimonio Histórico de la universidad de Murcia (España). Docente de tiempo completo de la Corporación Unificada Nacional de Educación Superior - CUN. Contacto: eferezsa@gmail.com

** Estudiante de Comunicación en Uninpahu. Contacto: nicolasgl25@hotmail.com

Introducción

La masacre de campesinos ha sido la modalidad de exterminio más utilizada por los grupos armados al margen de la ley para sembrar el terror en los considerados enemigos y en la sociedad civil. Al revisar la estadística del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) ha sido el grupo que más masacres perpetuó, con un índice de 1166; en segundo lugar aparecen las guerrillas con 343 la fuerza pública con 158 y, finalmente, los grupos no identificados (CNMH, 2013).

Estas matanzas también son el reflejo de una manera sanguinaria y al mismo tiempo simbólica de eliminar actores de los bandos opositores por medio de acusaciones y denuncias de la misma población; este tipo de asesinato es muestra del alto índice de sevicia dentro de las acciones de los actores armados del conflicto.

Las AUC, por ejemplo, han cobrado la mayoría de sus víctimas en masacres. Según los datos del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), entre 1982 y 2007, en Colombia se presentaron

2505 masacres con un saldo de 14.660 víctimas (2012). En sus confesiones, Carlos Castaño señala que en el discurso tradicional de la guerra las víctimas eran el precio que había que pagar para proteger la patria (Aranguren, 2006). Esta era una manera de normalizar las acciones de guerra dentro del contexto nacional: en Colombia se han generado diversas expresiones ideológicas que se ven reflejadas en la forma de referirse a los muertos como un precio natural o inevitable en el conflicto armado.

En este artículo se presenta una aproximación a la identificación de las representaciones de los asesinatos y los discursos sobre la legitimación de la masacre como forma de sembrar terror. Así, se toma el caso de El Salado, una de las masacres más representativas en la historia del conflicto en Colombia, para explicar cómo se construyen y normalizan las apreciaciones realizadas a partir de juicios de valor por los actores del conflicto, ya sean denominados como buenos o malos (Aranguren, 2006)¹.

Representaciones del conflicto

La normalización de los discursos en la guerra por parte de todos los bandos ha generado una aceptación de la muerte² como una situación natural y necesaria dentro del conflicto colombiano (Aranguren, 2006). Sin embargo, al poner

atención a los discursos, observamos que no se entiende del mismo modo la muerte de un guerrillero a la de un paramilitar y mucho menos estas a la de un soldado o un civil.

1 Es importante señalar que la base central de la legitimación sobre asesinatos se realiza alrededor de las víctimas de las AUC. Sin embargo, no sobra ser aclarar que las figuras cambian desde los distintos actores del conflicto, pues todos lo señalan como base de protección a la patria.

2 En este artículo se entiende la muerte a partir de la conceptualización de Ariès en *El hombre ante la muerte* (1984). Él le otorga cinco categorías a la muerte: muerte dominada, muerte propia, muerte del otro, muerte invertida y muerte oculta. Este desarrollo se asemeja al presentado por Rodríguez en "Sociología de la muerte" (2001).

Es en este punto de continuidades y discontinuidades en el que es necesario interpretar y comprender la muerte, fenómeno natural que se nutre de una amalgama de elementos que dotan de sentido (mediante las prácticas y representaciones sociales) este acontecer natural. ¿Por qué ha de resultar entonces la muerte diferenciada en el contexto de guerra? En primer lugar debido a que la guerra supone el vínculo implícito de la muerte, muertes propias (o ajenas), que cabe señalar, serán interpretadas de manera diferencial desde los distintos bandos enfrentados, recurriendo a aspectos de tipo político, económico y religioso que conforman toda esta producción de sentido según la relación tácita existente entre el concepto de asimetría y las dinámicas de la guerra. (Valencia, 2016, pp. 26-27)

Al realizar una distinción entre el ver, decir y nombrar, conviene recuperar la pregunta sobre el horror y precisar el sentido. Pero, como sugiere Nancy, en *La representación prohibida*, los testimonios son la base de la memoria y estos permiten la construcción de hechos que constituyen el recuerdo, que se perciben desde los vestigios que se van dejando: esculturas, pinturas, documentales, cine, etc. (Riviera y Ruiz, 2010).

No representan, sino que conmemoran, es decir, se limitan a ser señales, y pese a ello no aceptan ser estrictas señalizaciones. [...] obras que, en consecuencia, declaran también su molestia o su vergüenza, a la vez que su propia impotencia para representar, su flaqueza artística y su resistencia a instalarse en el estatuto de obras, o aparentarlo. (Nancy, 2007, p. 32)

De las masacres no se habla de manera directa, sino a partir de eufemismos con juicios de valor. Los

pobladores no las nombran, hablan de lo sucedido bajando la voz, intentando omitir el recuerdo. Utilizan expresiones como: “cuando pasó lo que pasó...”. Esto muestra la complejidad de lo vivido y parece desafiar la capacidad para narrarlo. Es evidente que los intentos de explicar esto como historia nacional o elemento esclarecedor han sido pretensiones fallidas de comprender la realidad local y particular de los sujetos.

La masacre de El Salado se traduce en un silencio. Esta es innombrable, lo cual nos restringe el acceso para ver lo que realmente pasó. La desintegración de los tejidos sociales, desde lo familiar hasta lo colectivo y lo comunitario, no permite esclarecer lo que se debe contar o lo que pasa en la cabeza de sus pobladores. A esto se debe agregar que está en juego poder contar lo vivido y sentido. Es fundamento de la historia local narrar estos procesos y hechos que constituyen la verdad. ¿Qué pasó dentro del conflicto, para que las mismas familias se señalaran como partes de bandos distintos? (Machado y Suárez, 2009).

Para entender cómo se ha transformado o estigmatizado un territorio y a su población, se tomará como muestra de análisis el video documental *El Salado: el rostro de una masacre*, que tiene como objeto servir para la recuperación de memoria (CNMH, 2012). El documental es un trabajo realizado por el CNMH, institución que indaga por la responsabilidad del Estado en materia de abandono y silencio con relación a los sucesos que pasaban en los planes locales. Al no responder a la necesidad de las poblaciones en temas de seguridad, así como la revictimización posterior a las masacres, se hace evidente la responsabilidad del Estado en la recuperación de la memoria y la protección de la misma.

A través de la violencia, los actores del discurso ponen en evidencia enfrentamientos armados en el país que se han expresado a través de distintas

formas: guerras civiles, insurrecciones armadas, violencia partidista, violencia revolucionaria, paramilitarismo, narcotráfico y bandas criminales. Dichas formas de violencia configuran distintos procesos y etapas del conflicto armado, lo que da lugar al surgimiento de las víctimas como sujetos sociopolíticos y actores en el marco de las confrontaciones bélicas.

En esta confrontación entre las guerrillas, las AUC y el Estado, se presentan masacres en las que la mayoría de víctimas corresponden a la población civil, como ocurrió en el corregimiento de El Salado en el año 2000, acción ejecutada por fuerzas paramilitares.

El Salado es un corregimiento del Municipio del Carmen de Bolívar, ubicado en los Montes de María y reconocido a nivel nacional como la capital tabaquera del Caribe. Esta zona estratégica de conexión para el corredor vial se encuentra en un punto importante para el fortalecimiento financiero y mercantil del Caribe (*Semana*, 30 de agosto de 2008).

Ahora, esa identidad cultural que le pertenecía a El Salado, como corregimiento productor de tabaco, se transforma en una identidad producto de la estigmatización creada a raíz de la masacre perpetuada por los paramilitares. Esto incide en la creación de una alteridad social y espacial; las personas desplazadas, los habitantes y el territorio han sido estigmatizados a partir de estereotipos. Los sujetos y los espacios son indisolubles cuando se piensa en la segregación y el ordenamiento del territorio.

Por otro lado, es significativo analizar este escenario desde la mirada crítica del contexto guerrillero y de la estrategia del narcotráfico en esta región. De este modo es fácil ver que estos corredores son estratégicos para el tráfico militar, ya sea del Estado, las guerrillas o los paramilitares. En el mismo sentido, la zona juega un papel

trascendental en los intereses para el narcotráfico, como vía de acceso a rutas internacionales y nacionales. La ubicación estratégica del territorio se configura como uno de los motivantes para la ejecución de ese acontecimiento particular: el asesinato de 66 personas por parte de los 450 paramilitares pertenecientes a las AUC que ingresaron al corregimiento el 18 de febrero del 2000. En un despliegue de violencia y terror, con el objetivo de controlar el territorio y las mentes de los pobladores, los paramilitares torturaron durante días a los pobladores en el parque del municipio, asesinaron de manera lenta y dolorosa a sus víctimas para terminar jugando fútbol con sus cabezas (Machado y Suárez, 2009).

Antes del trascendental acontecimiento, además de ser descrito como un municipio próspero a partir de la economía basada en la producción de tabaco, el territorio era también conocido por su fuerte actividad de narcotráfico. Por tal motivo, los pobladores fueron tomando partido según los bandos existentes, dando como resultado la división y deterioro de familias, amigos y relaciones sociales (Machado y Suárez, 2009).

En este contexto de violencia social que producía el narcotráfico, tiene lugar la masacre a la que se ha hecho mención. Esta forma de asesinato ha sido uno de los instrumentos utilizados para, de forma sistemática, penetrar en la mente del opositor y, a partir de distintas acciones, como el ataque directo a la población femenina e infantil, debilitar la psiquis masculina. Además, la exhibición y el escarnio de hombres homosexuales ha funcionado como herramienta correctiva para lo que estos grupos consideran fuera de la norma (Hernández, 2015). En el documental *El Salado: el rostro de una masacre* se observa cómo uno de los paramilitares justificaba sus intenciones de asesinar a la población al considerar dicha barbarie como un acto de guerra para acabar con los aliados de la guerrilla.

Así, en el resto de la región se construyeron prejuicios sobre los saladeños a causa de los actores que apoyaban. Este imaginario fue reforzado por los oficiales, los medios de comunicación y los mismos subversivos. De esta manera, se configuran arquetipos de insurgentes que llevan a que se legitime el asesinato de personas:

en El Salado mandamos a recoger la gente y la reunimos en la plaza, junto a la iglesia. Los desertores señalaban a los guerrilleros y los íbamos ejecutando”, dice sin sombra de conmoción ‘Juancho Dique’. “Llegaron tumbando puertas”, recuerda Leticia, con voz temblorosa. A empellones, el ‘Gallo’ la sacó a ella y a su familia del rancho donde vivía. Una vez en el atrio de la capilla, vio con estupor que su hijo estaba ya en el grupo seleccionado por los paramilitares. (*Semana*, 30 de agosto de 2008, párr. 27)

Así, las torturas y las masacres han sido utilizadas por los paramilitares como herramientas para generar terror en el marco del conflicto y mantener

el *statu quo* que se ha buscado conservar. De esta manera, estas formas de violencia han incidido en la polarización de la sociedad para destruir los tejidos sociales, como se ve en El Salado.

Al existir una estigmatización por parte del Estado hacia la población de El Salado, se muestra cómo el discurso puede ayudar a construir lo que Goffman (1993) llamaba “la identidad social virtual”, que termina por ser una representación aparente de un individuo ante la sociedad. Se entiende entonces que la relación entre Estado, insurgencia y población es de diferenciación, entendida como un desconocimiento del otro. La imagen generalizada que ha quedado de ese territorio, antiguamente reconocido a nivel nacional como productor y exportador de tabaco, fue reducida a un lugar donde ocurrió una de las masacres más atroces del país. El deber del Estado es recobrar esa identidad cultural que predominaba en el territorio desde la construcción de memoria e historias locales, para que ese conocimiento como “identidad virtual” se disperse, y ayude al reconocimiento de su población y a la no repetición de un hecho como este (Goffman, 1993).

Conclusión

Es importante que la reflexión sobre la responsabilidad de la construcción de los discursos para la comprensión y explicación de los procesos no deje de ser un tema recurrente en los estudios académicos. Asimismo, es fundamental que se siga valorando la responsabilidad de los medios de comunicación y la historia alrededor de la construcción histórica, sin olvidar la amalgama de puntos de vista de las realidades históricas y su diversidad de vestigios. Se hace evidente la necesidad de construir historias locales del conflicto que ayuden a entender los universos

de cada población, de forma tal que sea posible descubrir su verdadera identidad, más allá de las representaciones o prejuicios que se aseveren sobre ellas, para así construir una identidad regional que elimine la estigmatización. Un aporte al reconocimiento del “otro” que lo visibilice como un sujeto activo de la sociedad.

Los actores sociales pueden influir en los rumbos de la construcción de memoria, pues permiten ampliar los puntos de vista que logran identificar los distintos partícipes y cómo estos eran vistos por la población civil.

Referencias

- Aranguren, M. (2006). *Mi Confesión: revelaciones de un criminal de guerra*. Bogotá: Oveja Negra.
- Ariès, P. (1984). *El hombre ante la Muerte*. Madrid: Taurus.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (1 de noviembre de 2012). El Salado: el rostro de una masacre (El Salado: Face of a slaughter) [archivo de video]. Recuperado de <https://bit.ly/2PUzZ5X>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2013). Una guerra prolongada y degradada. Dimensiones y modalidades de violencia. En *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad* (pp. 30-109). Recuperado de <https://bit.ly/2VSs9hc>
- Goffman, E. (1993). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Hernández, M. (2015). Las mujeres víctimas de El Salado: una reflexión ética del conflicto armado. *Trans-pasando Fronteras*, 8, 53-65. DOI: <https://doi.org/10.18046/retf.i8.2119>
- Machado, A. y Suárez, A. (2009). *La masacre de El Salado: esa guerra no era nuestra*. Bogotá: Taurus.
- Nancy, J. (2007). *La representación prohibida*. Buenos Aires: Amorrortus Editores.
- Riviera, J. y Ruiz, S. (2010). Representaciones del conflicto armado en el cine colombiano. *Revista Latina de comunicación*, 65, 503-515.
- Rodríguez, M. (2001). Sociología de la muerte. En M. Rodríguez (ed.), *Temas de sociología* (vol. 2, pp. 469-483). Madrid: Huerga y Fierro Editores.
- Semana*. (30 de agosto de 2008). Fiesta de sangre. Recuperado de <https://bit.ly/2IpixlQ>
- Valencia, N. (2016). *Representaciones sociales de la muerte en el contexto de Estados Unidos e Irak* (tesis de pregrado). Universidad Santo Tomás, Bogotá. Recuperado de